

Influencia liberal en el análisis histórico del Partido Comunista Argentino

Los casos de Puiggrós, Giudici y Agosti

Alejandro Horowicz¹

In memoriam Fina Warshaver, por su prosa maravillosa, diamantina.

El primer ramalazo de cuestionamiento sistemático a la hegemonía liberal en la cultura política nacional se constituyó en torno a las banderas de la Revolución de Octubre. El viejo Partido Socialista de Juan B. Justo y José Ingenieros estaba inficionado de liberal-positivismo hasta la médula, al igual que el socialismo europeo de su tiempo. La revolución bolchevique inició, internacionalmente, con extraordinaria dureza y eficacia, una crítica del liberalismo político sobre el trasfondo de la carnicería militar y la crisis económica posterior a 1918.

En rigor de verdad, Lenin no esperó el triunfo de la revolución para arremeter contra la variante social-chovinista que hegemonizaba la II Internacional. Escribía Vladimir Ilich: “Hay otra teoría ‘marxista’ del social chovinismo: *el socialismo está basado en el rápido desarrollo del capitalismo*; el desarrollo del capitalismo *en mi país*, y consecuentemente el advenimiento del socialismo, será acelerado por su victoria; *la derrota de mi país retardará su desarrollo económico* y por lo tanto el *advenimiento del socialismo*”². En 1915 y antes, incluso en el *Que hacer*³, había polemizado con limitada eficacia contra las variantes bersteinianas rusas; la novedad es el cambio del papel de Karl Kautsky, quien casi sin transiciones pasó, para Lenin y no sólo para él, de mentor indiscutido de los socialdemócratas de izquierda, a garante ideológico del social-chauvinismo⁴. Por cierto que no es preciso inferir —ya que Lenin lo aclaró a voz en cuello— que social-chauvinismo equivale a oportunismo; sin olvidar que oportunismo, para el bolcheviquismo, no es otra cosa que nacional-liberalismo. En “La bancarrota de la II Internacional”, explica Lenin: “Es indiscutible que no solo durante la guerra, sino siempre que se agrave la situación política, para no hablar ya de cualesquiera acciones revolucionarias de masas, el gobierno del país más libre amenazará siempre con disolver las organizaciones legales, con incautarse las cajas, con arrestar a los dirigentes y con otras ‘consecuencias prácticas’ por el estilo. ¿Qué hacer, entonces? *¿Justificar por ello a los oportunistas, como hace Kautsky? Eso sería consagrar la transformación de los partidos socialdemócratas en partidos obreros nacional-liberales*”⁵.

El Gramsci de los *Cuadernos de la cárcel*⁶ evaluaba las corrientes socialistas italianas que, en buena medida, emigraron a la Argentina, como integrantes de una “cultura masónico- iluminista, que ha dado lugar a las iglesias positivistas, en las que participan muchos obreros aunque se llamen anarcosindicalistas”⁷. Es decir, una cultura política organizada desde la perspectiva del nacional-liberalismo. La división del Partido Socialista y la vinculación del Partido Socialista Internacional con la Revolución Rusa construyó el primer eslabón socialmente significativo de un posible realineamiento político-ideológico, un espacio de reflexión no liberal alimentado por una nueva tradición antiliberal internacional: el leninismo. Y Gramsci se situaba en

¹ Profesor Titular de la materia “Los Cambios en el Sistema Político Mundial” de la Carrera de Ciencias Políticas de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

² V. I. Lenin. *Obras Completas. Tomo XXII: La bancarrota de la II Internacional*. Buenos Aires, Editorial Cartago, 1970, página 318. Las bastardillas son mías.

³ V. I. Lenin. *Obras Completas. Tomo V. 1901-1902*. Buenos Aires, Editorial Cartago, 1972.

⁴ V. I. Lenin. “El izquierdismo enfermedad infantil del comunismo”, en *Obras Completas. Tomo XXXIII*. Buenos Aires, Editorial Cartago, 1971.

⁵ *Ib-ídem*, página 353. Las bastardillas son mías.

⁶ En el número 6 de la revista *Realidad*, de noviembre y diciembre de 1947, Ernesto Sábato escribió un comentario sobre las *Cartas de la cárcel* de Gramsci. Editorial Lautaro las publicará en 1950 con prólogo de Gregorio Bermann, y serán reproducidas como separata por el semanario comunista Orientación.

⁷ Antonio Gramsci. *Cuadernos de la cárcel. Tomo II*. México, Editorial Era, páginas 18 y 19. José Aricó en *La cola del diablo*, llama convenientemente la atención sobre el punto.

idéntica dirección con un bagaje cultural de otra especificidad y otra relación de fuerzas sociales. En la Argentina, la inexperiencia de los cuadros iniciales (la división partidaria no supuso división de la dirección del Partido Socialista), sumada a la debilidad política del movimiento obrero, estrechamente vinculada a la estrategia electoral del socialismo que visualizó al radicalismo como antagonista principal, imprimió a la paupérrima actividad teórica contenidos puramente declamatorios. De modo que más que apuntalar una práctica intelectual marxista y antiliberal, sirvió para organizar una casilla de correos de las traducciones al castellano de la Internacional Comunista⁸. Todavía no se trata de estalinismo, sino de los primeros primitivos pininos del comunismo local.

Tras la muerte de Lenin, el V congreso de la Internacional Comunista –junio y julio de 1924– orientó en debate un viraje que el VI –de julio de 1928– cristalizó definitivamente: el rígido control de la Internacional Comunista por el Partido Comunista soviético. Y en noviembre de 1928 el octavo congreso del Partido Comunista Argentino transcribía, punto por punto, la flamante normativa de la Internacional Comunista para esta parte del globo. Es allí donde se define, de una vez y para la eternidad, que la revolución es “agraria y antiimperialista”. Sostenía Bujarin con imprecisa dirección: “Ya hemos indicado la agresividad creciente del *capitalismo de América del Norte en América del Sur*. Hemos hecho igualmente alusión a la guerra de liberación de Nicaragua contra la invasión imperialista de los Estados Unidos. Todos conocemos perfectamente la importancia enorme de la resistencia de México, sabemos también que esta resistencia y el poderoso *movimiento popular contra el imperialismo* aumentan en nuestros días en toda una serie de países de América del Sur. Sabemos que este problema se complica con ciertos problemas interiores en los países en cuestión, *sobre todo el problema agrario y la lucha contra el feudalismo*. Hay diversas tendencias en nuestros medios sobre la cuestión de la línea táctica en los países americanos. *No podría dar en este momento una respuesta a esas cuestiones discutidas*. Quisiera solamente destacar que *desde el punto de vista de la lucha contra la guerra y contra el imperialismo, más generalmente desde el punto de vista del desarrollo de las poderosas revoluciones populares y agrarias*, en las cuales se manifiestan también las *tendencias de transformación de esas revoluciones en revoluciones socialistas*, todo el complejo de los problemas sudamericanos adquiere cada día una importancia mayor”⁹. Era una generalización demasiado amplia que terminaría sirviendo para cubrir cualquier viraje.

Con el dogal de un programa que no surgía del estudio de la formación histórico-social argentina, sino de la normativa política internacional del Partido Comunista de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, se desenvolvió la producción intelectual del Partido Comunista Argentino de las décadas de 1940 y 1950. Para evaluarla resulta imprescindible leer críticamente los trabajos de tres intelectuales que, fuera de todo debate, constituyeron hitos insoslayables del comunismo argentino: Rodolfo Puiggrós, Héctor P. Agosti y Ernesto Giudici. Un análisis exhaustivo de su obra cae fuera de los objetivos de este trabajo que sólo se propone analizar tres textos: *La época de Mariano Moreno*¹⁰, *Imperialismo inglés y liberación nacional*¹¹ y *Nación y cultura*¹².

UN NUEVO BORDE PARA UN VIEJO PROBLEMA

Antes que otra cosa digamos lo obvio: no se trata de encontrar un camino expeditivo para invalidar a nuestros tres autores. Si solo rastreáramos la impronta del VIII Congreso del Partido Comunista Argentino, verificaríamos sin mayores problemas que, en tanto integrantes de la organización, aceptaron –como no podía ser de otro modo– su horizonte programático. En rigor, el problema es este: ¿a pesar de ese horizonte, su labor como estudiosos los pone en tensión con las tesis partidarias, o sólo las ilustran con mayor o menor eficacia? Es decir: ¿se trata de trabajos que no toleran la exhumación crítica o, por el contrario, pueden ser releídos con provecho?

⁸ De ese período, entre 1919 y 1923, datan los pequeños folletos, traducciones directas del ruso, de Lenin. Curiosidad: en 1923 se traduce uno de los escritos militares de León Trotsky, con el pie de imprenta de la Federación Juvenil Comunista de la Argentina.

⁹ N.I. Bujarin. Discurso pronunciado el día 30 de abril de 1928 durante el VI Congreso de la Internacional Comunista, en revista *Pasado y Presente*. México, 1978, página 121. Las bastardillas son mías.

¹⁰ Rodolfo Puiggrós. Buenos Aires, Editorial Partenón, 1949.

¹¹ Ernesto Giudici. Buenos Aires, Editorial Problemas, 1940.

¹² Héctor P. Agosti. Buenos Aires, Editorial Procyon, 1959.

Desde esa perspectiva, *La época de Mariano Moreno* de Puiggrós permite un abordaje riquísimo. Conviene señalar que se trata de un texto reescrito en 1949 (una primera versión se publica en 1940 por la Editorial Problemas), antes del debate sobre la transición del feudalismo al capitalismo (polémica encabezada por Maurice Dobb y Paul Sweezy en 1953) y décadas antes de que Perry Anderson lo coronara críticamente en su notable *El Estado absolutista*¹³. La fecha de publicación de *La época...* permite establecer que el trabajo avanza hasta la frontera de los conocimientos disponibles en dos direcciones. Una: no hay trabajo edito de alguna importancia que Puiggrós no haya utilizado para estudiar escrupulosamente el desarrollo económico y social del Virreinato del Río de la Plata. Incluso cuando sus propias hipótesis quedan en entredicho, por ejemplo frente a Enrique de Gandia, que sostiene la inexistencia de la Revolución de Mayo, no vacila en polemizar sin sordina pero con puntilloso respeto. Dos: Puiggrós homologa como feudales¹⁴ las relaciones de producción existentes en el Virreinato. Es preciso reconocer que esa homologación había sido fuertemente inducida por las tesis del VIII Congreso, al tiempo que debemos admitir que Puiggrós la sustenta con una riquísima investigación bibliográfica. Por eso, al establecer la relación entre el pensamiento de Moreno y su soporte material, afirma: “Las ideas de la Ilustración flotaban en el ceñido ambiente intelectual y Moreno fue cautivado por ellas, pero eran ideas hijas de otras circunstancias históricas que no podían aclimatarse sin sufrir un largo proceso de asimilación, transformación, adaptación y desarrollo y que, al fin de cuentas, serían más que nada estímulos a la superación del atraso y la servidumbre”¹⁵. Aunque admite que mayo “tuvo por objeto la anulación del derecho indiano”¹⁶, reconoce que, al igual que en 1812 en España, se “reivindicaron antiguos fueros”, lo que impediría caracterizar livianamente al movimiento como democrático-burgués, dado que expresa las fuerzas centrífugas del burgo feudal bajo el absolutismo. Esto es, fuerzas antiabsolutistas que no son, de ningún modo, burguesas en un sentido moderno.

Tal precisión se aguja desde el momento en que sostiene: “España no podía renunciar al mercantilismo sin despedazarse. Gran Bretaña aguardaba la presa, sabiendo que *el monopolio era insoportable para las colonias*”¹⁷. Puiggrós no olvida el lugar de Inglaterra en la economía mundial, al sostener: “El aumento de su capacidad productiva coincidía con la restricción del área dentro de la cual colocaba sus mercaderías. Le era vital [descubrir] nuevos mercados...”, y concluye con esta certera afirmación: “1806 fue un año crítico para el comercio inglés”¹⁸. Esta fórmula, *per se* (aunque no se sustenta con evidencia estadística), explica más sobre las invasiones inglesas que todos los relatos pormenorizados sobre la masonería escocesa, al tiempo que abre el curso para la comprensión de la “Representación de los hacendados”.

Una de las claves de la incomprensión liberal del papel de Moreno está dada por contraponer la *Representación de los hacendados* –donde se defiende explícitamente el libre comercio internacional– con el *Plan de operaciones*. No faltan quienes sostienen que la *Representación...* constituye una defensa profesional *pane lucrando* de un abogado que expresa adecuadamente los intereses de sus clientes (es decir, los hacendados y contrabandistas de cuero) y que el “verdadero” Moreno¹⁹ es el del *Plan de operaciones*, donde despliega su jacobinismo clásico²⁰. Desde la otra trinchera polémica, otros declaran apócrifo el *Plan...* subrayando que el ideario de Moreno, en materia económica, era de un liberalismo manchesteriano. Puiggrós ensambla las dos piezas demostrando que la *Representación...* expresa el interés objetivo de los hacendados y que este interés no entra en contradicción con el programa político militar del *Plan de Operaciones*. Lo formula así: “el comercio libre traía, en 1809, la muerte para los monopolistas y la vida para los hacendados”²¹. Y al ensamblar la otra pieza, razona como sigue: “tampoco el terror revolucionario siguió el

¹³ Editorial Siglo XXI, Buenos Aires, 1985.

¹⁴ Conviene aclarar que la lectura de los trabajos preparatorios de *El Capital*, las célebres *Grundrisse*, ingresan –pese a que su fecha de edición es de 1939– al debate marxista a fines de la década de 1960. La primera traducción al español fue realizada por Siglo XXI en 1971. Entonces, la caracterización de feudalismo no debe entenderse estricto sensu, sino como una aproximación a un modo de producción precapitalista basado en la extracción extraeconómica del excedente.

¹⁵ Rodolfo Puiggrós. *Op. cit.*

¹⁶ *Ib-ídem*, página 23.

¹⁷ *Ídem*, página 65, *ibíd.* Las bastardillas son mías.

¹⁸ *Ídem*, página 66.

¹⁹ José Pablo Feinmann. *Filosofía y nación*. Buenos Aires, Editorial Legasa, 1986.

²⁰ Puiggrós es un defensor irrestricto de la autoría moreniana del *Plan de operaciones*.

²¹ *Ib-ídem*, página 165.

modelo francés por mero prurito de copiar, sino que se impuso para salvar una causa que levantaba enormes resistencias”²².

En un solo punto Puiggrós se aproxima peligrosamente a la tesis del VIII Congreso: forzando los términos, determina que los hacendados son poco menos que la burguesía revolucionaria. Es decir, transforma a cazadores de vacas cimarronas o de rodeo, en estancieros (propietarios de tierras y de cabezas de ganado) y a los estancieros en la clase nacional que impulsa la Revolución de 1810. Al hacerlo facilita –sin proponérselo– la tesis de que el 25 de mayo fue una Revolución Francesa fallida, incompleta (ya que los estancieros serían casi una protoburguesía revolucionaria inconsecuente), sin poder explicar a qué motivos objetivos²³ y no psicológicos obedece tal inconsecuencia. Trabajos más recientes permiten establecer que el surgimiento de los estancieros, que no equivale a la transformación de los hacendados en estancieros, es el producto directo del comercio libre y del autogobierno; es decir, posterior a 1814²⁴.

Si se comparan las tesis de Puiggrós con las que enarbolará Bartolomé Mitre para ese período de la historia argentina, vemos que el primero reorganiza los acontecimientos de Mayo desde la perspectiva de la lucha de clases; es decir, subraya la actividad social endógena que en el Virreinato del Río de la Plata produce una revolución limitadamente antifeudal, virando el esquema mitrista a izquierda sin crítica sustantiva. Entonces, la autoridad de Mitre protege la lectura de Puiggrós. En ese punto, sus coincidencias están determinadas por el horizonte de las tesis del VIII Congreso y como no podría ser de otra manera por la concepción del propio Puiggrós²⁵, pero con un nivel de discriminación que permite ponerlas entre paréntesis. Para que se entienda: no es que la burguesía organiza su revolución el 25 de mayo y pone en marcha su propio camino. Son las masas que con su irrupción ponen fin a tanta vacilación bienpensante. Por eso, para completar la revolución democrática, parece decir ese texto de Puiggrós, es parte del programa obrero proseguir esa tradición. Y en ese punto la solución liberal late en el texto con tanta fuerza como la antiliberal. Sobre todo, si se estudia el comportamiento popular durante las Invasiones Inglesas. Eso sí, la centralidad de la Revolución de Mayo no se pone en tela de juicio. Debemos admitir que por ese entonces nadie se atrevía a tanto.

Retomemos el hilo. En el primer caso (solución liberal), toda la disputa se puede reducir a instalar la fuerza política que hegemonizará el proceso; por tanto, se trata de una lucha entre consecuentes e inconsecuentes defensores parlamentarios de la revolución democrático-burguesa. Esta fue la solución tradicional y todo dependía, para su adecuada resolución histórica, de la presencia directa del Partido Comunista en un amplísimo frente bendecido por Moscú. En el segundo (solución antiliberal), por el contrario, a partir de contabilizar que las tareas no proletarias del partido del proletariado se suman a su programa (no como reconocimiento a la progresividad teórica de la burguesía liberal, sino como grito de guerra de un camino propio, independiente) con instrumentos históricos específicos. Y es precisamente en el marco de esos instrumentos, a través de ellos (en el caso leninista se trata del soviét), que se producen los realineamientos de fuerzas políticas y sociales²⁶. El soviét como territorio de alianzas y delimitaciones, en

²² *Ídem*, página 289.

²³ Motivos históricos organizados por la estructura de las relaciones sociales articuladas en esa formación social. Es decir, el alineamiento de los enfrentamientos políticos organizaba la necesidad de “traicionar” la revolución burguesa para preservar intereses burgueses directos (a saber, el control del proceso revolucionario mismo) o indirectos pero sustantivos y sustanciales (desborde de los sectores revolucionarios no burgueses).

²⁴ Alejandro Horowicz. *El país que estalló. Antecedentes para una historia argentina. Tomo I. El camino de Potosí*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2004.

²⁵ En conversaciones que Ernesto Giudici mantuviera con el autor (de abril y mayo de 1984, le comentó que la Comisión de Historia del Partido Comunista Argentino, poco antes de la invasión alemana a la Unión Soviética, discutió la posibilidad de corregir el sesgo liberal de su lectura histórica. Según Giudici, tanto Paulino González Alberti como el mismo Puiggrós rechazaron ese punto de vista.

²⁶ En territorio soviético, entre la burguesía, tan progresista como se quiera, y los trabajadores como clase (más allá de los programas socialistas que defiendan), se produce la tensión de integrantes de campos antagónicos. No tanto por la radicalidad abstracta de las propuestas (bien pueden ser cautas y nada espectaculares) sino por la radicalidad de los instrumentos sociales; por la invención de métodos históricos (formas de medición y organización del trabajo, diría Marx) que permite resolver por una vía radicalmente distinta y opuesta, el mismo problema social. Ninguna burguesía por progresista que resulte tiene nada que hacer en un soviét; el papel político de la burguesía empieza donde termina el soviét. En el soviét los ciudadanos obreros y los ciudadanos no obreros (soldados y campesinos), con iguales derechos políticos pueden apropiarse-construir un camino común y verificar, con los crudos y cuadrados instrumentos de la

tanto escenario de masas movilizadas y armadas, donde el derecho de la mayoría a gobernar coincide con el poder de la mayoría para gobernar, donde legalidad y conservatismo no forman un bloque indivisible, permite superar la concepción liberal parlamentaria que la burguesía construye como modelo de acción hegemonía, como modelo único de política civilizada, desde la Revolución Francesa.

Es cierto que Puiggrós no desarrolló la segunda perspectiva; no menos cierto que su texto permite, sin mayores dificultades, reorganizarse en esa dirección sin la menor violencia teórica. Su rigor como investigador lo diferencia, definitivamente, de un hábil ilustrador de las tesis políticas del VIII Congreso. Y ese es, precisamente, su valor: ayudar a construir conocimiento a contrapelo de una lectura tradicional de la historia de Mayo. Puiggrós es un marxista que permite “volver a pelear las batallas” y por eso los investigadores más jóvenes guardamos su nombre y la lectura crítica de sus trabajos como parte del linaje socialista.

LA VERA HISTORIA DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Imperialismo inglés y liberación nacional, de Ernesto Giudici, tiene un eje analítico distinto a *La época de Mariano Moreno*. Con todo, es notable el modo en que ambos trabajos se requieren. Cuando Giudici caracteriza la Argentina, sostiene: “...es el más capitalista de los países de América Latina, el más adelantado económicamente. Pero en sí mismo, es un país capitalista atrasado que depende aún del capitalismo extranjero”²⁷, para agregar a renglón seguido: más “... un país semidependiente como lo era Austria, que un país semicolonial, como lo son Bolivia, Venezuela y otros países americanos o asiáticos”²⁸. El “capitalismo atrasado” argentino remite a la modernización y no al precapitalismo, y la modernización puede (en términos algebraicos, por cierto) seguir vías alternativas. Es decir, los instrumentos de la modernización están determinados por la perspectiva del sujeto social que la impulsa. De modo que aunque no desdice expresamente las tesis del VIII Congreso permite inteligirlas en otra dirección. Y esto queda claro cuando se ocupa de la Segunda Guerra Mundial.

Como el texto fue escrito en el interregno organizado por el Pacto Molotov-Ribbentrop (todavía la Unión Soviética no había ingresado a la contienda), la guerra era inevitablemente ímperimperialista. Y Giudici la explicaba como sigue: “Es falso decir: primero consolidar la democracia y luego luchar contra el imperialismo fascista, o viceversa. Esas tareas son interdependientes y no es posible concebirlas por separado. En la medida que luchemos contra el imperialismo, ampliaremos la democracia; y en la medida que luchemos contra el imperialismo en la Argentina luchamos también, sin vanas declaraciones antiguerreras, contra la guerra que el imperialismo a desatado en el mundo”²⁹.

Es posible sostener: la fórmula “contra el imperialismo” resulta excesivamente unilateral; la lucha por la democracia política, contra el fraude, facilita la autoorganización del propio campo; pero debemos recordar que el desprestigio de la democracia en las filas de la izquierda era, por ese entonces, más que grande; en los primeros años de la década de 1940 ese desprestigio recorría, en razón del “fraude patriótico”, toda la sociedad argentina. Por si algo faltara, tanto nazis como marxistas hablaron pestes de la democracia parlamentaria burguesa. En un caso –los marxistas– para clausurar la política imperialista con la revolución social. En el otro –los nazis–, para clausurar la política a secas. Y consecuentemente se esperaba muy poco, entre militantes de izquierda de limitada experiencia política, de “la democracia representativa”.

contabilidad social, quienes defienden y quienes atacan cada propuesta y, sobre todo, qué motivo material los impulsa, más allá de los giros discursivos. El grado de transparencia que permite la política soviética no solo elimina el parlamento negro (la descompuesta trastienda), sino que evita el tráfico de influencias que construye las direcciones reales de las direcciones políticas; es decir, en lugar de direcciones formales impotenciadas por la brutal diferencia entre juridicismo técnico (derecho a gobernar y decidir) y corrupción práctica (conciencia de la imposibilidad de realizar la decisión mayoritaria por la inadecuación de los instrumentos históricos); en lugar del secreto contra los interesados mayoritarios y colectivos, por los intereses oligárquicos y minoritarios, la publicidad instantánea del debate franco. Debate donde el despliegue del logos permite diferenciar entre el “error” (inadecuada apreciación de un problema) y los intereses sociales contrapuestos.

²⁷ *Op. cit.*, página 109.

²⁸ *Ib-ídem.* el subrayado es de A.H.

²⁹ *Ídem.* páginas 8 y 9.

Cuando Giudici tiene que establecer el meneado problema de la “neutralidad” en la guerra imperialista no vacila y sostiene: “Una guerra así debe hacerse, necesariamente, con el concurso de los neutrales, que es en definitiva una guerra contra los neutrales”³⁰. Entonces, el comportamiento frente a la guerra se deduce del comportamiento frente a la potencia capitalista hegemónica en la región del mundo que se trate; en la Argentina, para no ir demasiado lejos, surge de evaluar el comportamiento del gobierno frente al imperialismo inglés. A la hora de diferenciar las potencias imperialistas en democráticas y fascistas, afirma: “El capitalismo y el imperialismo no tienen color político. El imperialismo inglés no es ni democrático ni fascista; es imperialismo inglés, simplemente, que se vale de uno u otro medio para el logro de sus objetivos. El método es lo transitorio, lo capitalista e imperialista es lo permanente”³¹.

Si se quiere, esta igualación política de las potencias y prácticas imperialistas aplanan el problema en beneficio de Alemania. El razonamiento funciona así: puesto que todas las potencias imperialistas son iguales, da lo mismo pactar con cualquiera de ellas. Si la Unión Soviética puede pactar con Alemania y desentenderse de los polacos y su destino, ¿porque la liberación de la Argentina no puede ser el subproducto de una victoria del Eje? Ese modo de enfrentar el problema es típicamente liberal-nacionalista, en términos de Lenin; con un agregado: se trata de su versión pasiva. Sin olvidar, por cierto, que esta clase de razonamientos solían ir acompañados de una buena dosis de antisemitismo. En el contexto de la Segunda Guerra Mundial, la materialización de ese abordaje resultaba francamente repugnante. Una concepción del interés nacional separado de otra clase de consideraciones (la derrota de los trabajadores europeos, la destrucción de las conquistas democráticas de los sectores populares, la eliminación lisa y llana de los antagonistas del debate político, y la supresión física de cualquier forma de oposición dinámica) emparentaba a la izquierda con las simplificaciones políticas más brutales y reaccionarias. Era el modo en que la contrarrevolución estalinista minaba –después de los Juicios de Moscú– el campo popular.

Por eso propiciaba un análisis unilateral, abstracto, que solo atendía las relaciones de explotación en el mercado mundial; desde ese enfoque la igualación entre las potencias imperialistas no resultaba necesariamente falsa; pero bastaba que la lectura se focalizara con mayor precisión y materialidad –tratamiento político de un opositor activo del régimen en Gran Bretaña, e idéntica situación en Italia, por ejemplo– para comprender la diferencia. De todos modos, debemos reconocer que este abordaje del problema no obedece a la perspectiva del VIII Congreso, sino que resulta patrimonio del conjunto de la izquierda radical. El trotskismo, implacable crítico de la política estalinista ante el nazismo alemán, no leía estos problemas desde una óptica básicamente diferente. Y ni que hablar el resto de la izquierda radical. Sobre el mismo tópico se cuenta una celebrada anécdota que tiene por protagonista a Serguei Einsenstein, donde el cineasta ironiza: “Ya sé que la caca de perro y la de gato no son iguales. Así y todo, recordemos que en los dos casos se trata de mierda”.

Volvamos al texto de Giudici. El costado más fuerte es, precisamente, la caracterización adecuada de la política nacional, explica Ernesto: “La lucha contra la guerra en la Argentina, que no es un país beligerante, debe tener como centro la lucha contra los efectos de la guerra. Con ello se desemboca, quiérase o no, en la lucha contra el imperialismo inglés y por la liberación nacional”³². Al morder la limitación programática (liberación nacional por todo concepto) intenta resolverla desde su formulación más jacobina con estas precisiones: “Revolución democrático-burguesa no quiere decir que la realice la burguesía liberal y democrática; no. Quiere decir que la harán la clase obrera y las masas campesinas y populares con los sectores más progresistas o antiimperialistas de la burguesía nacional”³³. Es decir, su planteo forcejea por entrar en las fórmulas canónicas y los bufidos del esfuerzo retumban en el texto. Es que el sector “antiimperialista” de la burguesía tiene el siguiente problema, según el texto: “Todos los partidos de la burguesía apoyaban o apoyan al imperialismo inglés, y se apoyan en el imperialismo inglés”. Giudici señala esa flagrante contradicción sin resolverla.

De la naturaleza íterimperialista de la guerra y de las particularidades de la transformación deduce, en consecuencia, la del sistema político. Su pronóstico: “Sí. A una nueva realidad económica y social corresponden nuevas fuerzas políticas. No solo reagrupamiento de fuerzas políticas, sino nacimiento de otras nuevas”³⁴. Pocas veces el peronismo gozó de más adecuada anticipación conceptual, y pocas veces una hipótesis tan notable resultó menos audible. Ernesto Giudici entendía la naturaleza de la obligada

³⁰ *Íd.*, página 33.

³¹ *Ib-ídem*, página 24.

³² *Ídem*, página 9. El subrayado es de A.H.

³³ *Íd.*, página 16, el subrayado es de A.H.

³⁴ *Ib-ídem*, página 17; el subrayado es de A.H.

transformación del nuevo orden político. Pero sus brillantes anticipaciones chocaban con la rígida conceptualización política de su partido. Por eso es posible sostener que el análisis de Puiggrós requiere el de Giudici, la investigación histórica de Puiggrós requiere la excepcional lectura política de Giudici. Con un añadido: la originalidad y el rigor de los instrumentos de ambos –en el escenario latinoamericano, con la solitaria excepción de Mariátegui– queda fuera de debate. Nadie en las filas de la izquierda todavía era capaz de pensar con tanta claridad y escribir con tanto brillo, salvo el proscrito de Coyoacán: León Davidovich Bronstein.

Trotsky en México produjo una obra circunstanciadamente política, sin las incrustaciones nacionalistas de las tesis del VI Congreso de la Internacional Comunista, pero enteramente determinada por la brutalidad contrarrevolucionaria de la agresión estalinista.

EL OTRO MOSQUETERO

A casi veinte años de distancia de *Imperialismo inglés y liberación nacional*, y a diez de la versión definitiva de *La era de Mariano Moreno*, Héctor P. Agosti escribe *Nación y cultura*. Ambos términos (nación, cultura) son definidos con una extensa cita de Antonio Gramsci. De modo que dos novedades irrumpen en un solo texto: una perspectiva crítica de la cultura nacional desde la atalaya del marxismo (campo problemático poco abordado) y la introducción pública de Gramsci en la teoría política del Partido Comunista Argentino.

Agosti escribe munido del horizonte de *Rinascita*, revista cultural del Partido Comunista Italiano. Es decir, está fuertemente influido por la lectura que Palmiro Togliatti hace de Gramsci para la defensa de la vía nacional al socialismo. Conviene recordar que Stalin personalmente revisa el original de “The British Road to Socialism” –revisión del programa del comunismo británico– donde la dictadura del proletariado desaparece “sin rastro ni explicación alguna” (dixit Perry Anderson). En su estimulante polémica con E. P. Thompson³⁵, Anderson sostiene que el Partido Comunista de Gran Bretaña estuvo a la cabeza en lo que a vías nacionales al socialismo se refiere. Es un error: el Partido Comunista Italiano conducido por Palmiro Togliatti³⁶ se le adelantó desde enero de 1947. Sin embargo, Togliatti nunca eliminó, discursivamente, la fórmula “dictadura del proletariado”. En el XIX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, en 1952, Stalin sostuvo que la clase obrera debía recoger las banderas nacionales y democráticas que la burguesía había “abandonado en el lodo”. Un año antes, el Partido Comunista de Gran Bretaña ya había elaborado “The British Road...³⁷”, de modo que ese texto formaba parte del giro a derecha del Partido Comunista ruso que los italianos habían anticipado desde el vamos.

Aricó sostuvo, y esta es probablemente la cita más reiterada de *La cola del diablo*, que la “primera tentativa en cierto modo ‘orgánica’ de incorporación del pensamiento de Gramsci a la cultura política de izquierda surgió del interior del Partido Comunista Argentino. Formó parte de una propuesta, nunca claramente explicitada, de su renovación ideológica y cultural, que encontró en Agosti su más inteligente y autorizado impulsor”. Es innegable que la traducción de la obra de Gramsci, en clave antiperonista, así como su difusión editorial, estuvo ligada a su persona. Pero el uso de Gramsci puede atribuirse no exactamente a “renovación ideológica y cultural”, sino a los curiosos efectos del XIX y XX congresos del Partido Comunista soviético en los partidos comunistas que no detentaban el poder. En el XIX Congreso Stalin modifica explícitamente el programa del movimiento comunista internacional transformándolo en un programa nacional liberal, en los precisos términos de Lenin (“el desarrollo del capitalismo en *mi país*”, como momento de la vía nacional al socialismo; esto es, el policentrismo propugnado por Togliatti, del que Gramsci era el involuntario dador de sangre intelectual). El XX Congreso no modifica el horizonte nacional comunista de Stalin, arremete contra los aspectos más anacrónicos del estalinismo, en una Rusia donde millones de sus integrantes habían pasado por la universidad. La Rusia urbana en el mar campesino de la revolución de 1917 había quedado definitivamente atrás. Las explicaciones sobre el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética difieren según quien las elabore. Pero tienen por lo general un común denominador: subrayar la ruptura con la situación anterior. No se trata de negar lo obvio. Sin embargo, el punto que habitualmente queda oscurecido es la fuerte continuidad de la política internacional de la Unión Soviética. El viraje del XX Congreso no modificó sustantivamente la orientación internacional de los partidos comunistas en el poder.

³⁵ *Teoría, política e historia*. Editorial Siglo XXI, Madrid, 1985.

³⁶ “Nuestra lucha por la democracia y el socialismo”, en sus *Escritos políticos*. México, Editorial ERA, 1971.

³⁷ Perry Anderson. *Teoría política e historia. Un debate con E. P. Thompson*. Madrid, Editorial Siglo XXI, 1985, página 205.

Era un cambio orientado principalmente hacia el interior de sus sociedades. Era evidente que los métodos de Stalin ya no eran funcionales, se trataba de conformar un nuevo modelo político que preservara los derechos diferenciales de la Nomenclatura, y reconociera una participación mayor de los sectores populares en la renta nacional. Era una transformación conservadora impulsada para garantizar los intereses de la Nomenclatura; aun así, se iniciaba un arduo y decisivo debate.

Explicaron por ese entonces los comunistas chinos: “La verdad es que hace más de siete años se inició toda una serie de divergencias de principio en el movimiento comunista internacional”. Concretamente: “Con el XX Congreso del PCUS en 1956”, admite la redacción de la revista *Hogqi*³⁸, el 6 de septiembre de 1963. Cae fuera de las fronteras de este trabajo reproducir minuciosamente la polémica chino-soviética, sólo diremos que en los inicios no fue así: el presidente Mao propició un movimiento de desestalinización que se detuvo por la crisis húngara y por los conflictos internos del Partido Comunista Chino. La conclusión de la dirección china, al igual que la oposición a Krushev en la Unión Soviética, fue detener el proceso de liberalización, deshielo, ya que amenazaba el orden interno de las repúblicas populares. De todos modos, la crisis de la burocracia soviética requirió, más allá de la voluntad de sus integrantes, el abandono del sometimiento incondicional a Moscú –muy trabado por la ampliación del complejo mosaico de la posguerra– y su reemplazo por una muy relativa autonomía nacional de los partidos comunistas en el gobierno. Es decir, el policentrismo de Togliatti pasaba al rango de doctrina oficial. Al mismo tiempo, el camino nacional parlamentario para la conquista del poder fue norte de los partidos comunistas del resto del mundo y se expresó con el progresivo abandono de la fórmula “dictadura del proletariado”. Volvieron a quedar dibujadas, desde 1963, tres posturas públicas dentro del movimiento comunista internacional: la del presidente Mao (que intentará reconstruir administrativamente un centro internacional alternativo), la de Nikita Krushev (que oscilaba entre el abandono de la Revolución China³⁹ y la instalación de cohetes nucleares en Cuba) y la encabezada por el presidente Tito (según Togliatti, Yugoslavia conformaba una organización social perfectamente diferenciada de la Revolución Rusa, donde no se ejercía la dictadura del proletariado; el Partido Comunista Chino, por razones opuestas pensaba exactamente lo mismo). El debate no fue breve, el Partido Comunista Chino fue excomulgado y Togliatti se diferenció del Partido Comunista de la Unión Soviética en un artículo sobre buenos modales internacionales⁴⁰. La lectura habitual del conflicto partía de reproducir las diferencias de la década de 1920 en el movimiento comunista internacional, por tanto, la derecha era titoísta, ya que en el campo los comunistas yugoeslavos reproducían las fórmulas de Bujarin; el centro correspondía Krushev, que proclamaba la conquista pacífica del poder, y la izquierda, al maoísmo, que reclamaba el enfrentamiento armado de la Unión Soviética con los Estados Unidos, al tiempo que se guardaba muy bien de traspasar la delgada línea del verbalismo revolucionario. A la hora de la verdad, los consejos de Mao a los comunistas indonesios se parecían demasiado a los que el propio Mao había recibido, en su momento, de José Stalin.

Una lectura en clave nacionalista –que no nos proponemos más que sugerir aquí– permite entender mejor la naturaleza del diferendo. Sobre todo, cuando en junio de 1960 miles de técnicos soviéticos abandonan China dejando plantas industriales a medio construir, llevándose los planos que permitían terminar las obras, transformando en trabajo inútil el enorme esfuerzo de trabajadores chinos; trabajadores que, en muchos casos, debieron volver a sus aldeas y retomar labores campesinas para sobrevivir. La retirada masiva de la asistencia rusa tuvo por motivo un desacuerdo: instalar en territorio chino una base de radares soviéticos controlada por personal militar ruso. Ante la negativa del Partido Comunista Chino de permitir una base extranjera en su territorio, la respuesta de Krushev remitió a la brutalidad sin límite de la burocracia estalinista, a sus voces de ordeno y mando, a su chauvinismo de gran potencia industrial que dicta un ukase de cumplimiento obligatorio. Ese fue el comienzo del fin, y motivó el rompimiento definitivo entre Moscú y Pekín, no las opiniones divergentes sobre el XX Congreso y Stalin.

³⁸ Polémica acerca de la línea general del Movimiento Comunista Internacional. “El origen y el desarrollo de las divergencias entre la dirección del PCUS y nosotros”. Buenos Aires, Ediciones de Mayo, 1973, página 57.

³⁹ Isaac Deutscher. *La polémica internacional. El conflicto chino-soviético*. Buenos Aires, Ediciones La Rosa Blindada, 1967.

⁴⁰ “El plan que habíamos propuesto para la efectiva lucha contra las erróneas líneas políticas y contra la actividad divisionista de los comunistas chinos era diferente del que realmente se llevó a la práctica” (...) “Conducir esta polémica de modo diferente que los chinos, sin exasperaciones verbales y sin condenaciones genéricas, sino con argumentos concretos, de manera objetiva y, siempre, con respeto por el adversario”, en “Memorándum sobre los problemas del movimiento obrero internacional”. Palmiro Togliatti. Revista *Pasado y Presente* números 5 y 6. Córdoba, 1964, página 112.

De la mano de Palmiro Togliatti, en ese contexto, reingresaba progresiva y polémicamente al ruedo internacional Antonio Gramsci, con formidable éxito editorial. Pocas voces critican al pensador italiano dentro de la calle comunista. Una en particular se hizo oír: Louis Althusser. Para citar sólo una de sus intervenciones recordaremos que en noviembre de 1977, en la reunión de Venecia, sostuvo que no hay en Marx una teoría del Estado. En marzo de 1978 la directiva de la revista *Il Manifesto* le propuso profundizar el tema. Junto a la ausencia de una teoría marxiana del Estado, Althusser señaló otra: la falta de una sistematización teórica sobre la práctica política, para añadir: “Me parece que pese a su profundo sentido de la historia, Gramsci más oscureció que iluminó este punto ciego que hay en Marx, cuando retomó la vieja distinción burguesa entre sociedad política y sociedad civil, aun cuando haya dado a la sociedad civil otro sentido (organizaciones ‘hegemónicas’ privadas, y por tanto fuera de la ‘esfera del Estado’, que es identificada en la ‘sociedad política’, lo que implica volver a fundarse en la distinción jurídica de hecho entre público y privado⁴¹”. En sordina y explicadamente, Althusser critica la perspectiva antileninista, sobre todo a partir del momento en que los partidos comunistas europeos, en masa, abandonan la defensa de la dictadura del proletariado, dando paso a una política explícitamente socialdemócrata. Es decir, las credenciales revolucionarias del marxista italiano eran rehechas por una política que abre el curso del eurocomunismo; esto es, la bancarrota sin vergüenza del Partido Comunista Italiano en compañía de la socialdemocracia occidental.

LOS COMUNISTAS DE DERECHA

Retrocedamos hasta 1945. La historia política del Partido Comunista Argentino anterior a la Segunda Guerra Mundial es un tanto anecdótica. Se limitaba a ser una corriente sindical con cierta influencia de masas, y a difundir las posturas soviéticas sin mayores aditamentos. Hasta su participación en la Unión Democrática, el comunismo local se mantuvo relativamente apartado del sistema de partidos parlamentarios. La incidencia del Partido Comunista en la “gran política” nacional era mínima. De hecho, operaba a través de las corrientes internas del Partido Socialista –contó con afiliados secretos y un diputado encubierto, Augusto Bunge⁴², en la fracción socialista orientada por Federico Pinedo, el Partido Socialista Independiente– y tenía “amigos” de la Revolución Rusa en la franja “progresista” del radicalismo. Dos factores coadyuvaban en su solitaria delimitación: la represión de sus militantes por parte del aparato del Estado –desde 1930– y la extraordinaria labilidad de una política sometida a los barquinazos y zozobras del Partido Comunista de la Unión Soviética. Pero la victoria militar de la Unión Soviética en la Segunda Guerra Mundial transformó a Moscú en superpotencia y, consecuentemente, el acuerdo transitorio con el gobierno de Roosevelt facilitó la activa participación del Partido Comunista Argentino en la orientación de la Unión Democrática. Y es precisamente esa participación (en un doble sentido: pérdida de su influencia obrera, incremento de su influencia burguesa) la que cambia su peso específico en la arena política nacional.

El interregno peronista estuvo signado por bandazos en una y otra dirección, desde la igualación entre peronismo y fascismo, hasta una curiosa versión del apoyo crítico a Perón. Resulta indiscutible que la normalización diplomática entre Moscú y Buenos Aires no significó cambio de estatuto político para el gobierno peronista de parte del Partido Comunista Argentino. Como el acercamiento de Perón a Stalin no pasó de carta a jugar en la Guerra Fría, la dirección del comunismo argentino vacilaba continuamente. Y la caída en desgracia de Juan José Real (secretario general del PCA), tras la muerte de Eva Perón, marcó un punto sin retorno: el Partido Comunista disponía de una política fracturada frente al gobierno. Si bien no podía dejar de ser gorila, tampoco podía dejar de considerar ciertas simpatías que el gobierno del general Perón generó en los oscuros pasillos del Kremlin.

Tras la caída del peronismo en 1955 un problema requirió respuesta inmediata: ¿qué fuerzas sociales y políticas impulsaban ahora el progreso nacional? Con la publicación de la revista *Qué*, orientada por Rogelio Frigerio, y la división del radicalismo en Intransigente y del Pueblo, otra versión de lo nacional y popular se volvió posible. En lugar de los viejos integrantes del nacionalismo católico ultramontano, estilo Jordán Bruno Genta, agradables muchachos munidos de convenientes lecturas, adecuadamente preocupados

⁴¹ Louis Althusser. ‘El marxismo como teoría finita, en *Discutir el Estado. Posiciones frente a una tesis de Louis Althusser*, página 13. Buenos Aires, Editorial Folios, 1983, página 13.

⁴² En la polémica parlamentaria del 1º de marzo de 1935, sobre la creación del Banco Central, la impugnación más dura contra la propuesta Pinedo provino de Augusto Bunge. *La creación del Banco Central y la experiencia monetaria argentina entre los años 1935 y 1943*. Tomo II. Buenos Aires, Banco Central de la República Argentina, 1972, página 1063.

por el progreso nacional, constituían los nuevos interlocutores críticos. Era preciso, entonces, formular el vademécum de izquierda del progresismo argentino; y una pregunta organizaba el campo: ¿cuáles son los obstáculos para el desarrollo nacional?

La respuesta no se hace esperar: Para Agosti, “la condición dramática de la historia argentina consiste en la falta de burguesía”⁴³ porque en la “sociedad gravitan viejos remanentes feudales tan entrelazados con la penetración imperialista que parecen formar un típico cuerpo indisoluble”⁴⁴. De modo que la falta de burguesía no conformó el “país capitalista atrasado” de las lecturas de Puiggrós y Giudici, sino “remanentes feudales” (esto es, precapitalismo), y por tanto la liberación nacional requiere “la ruptura definitiva de las viejas estructuras feudales”⁴⁵. Por cierto, esta ruptura supone una revolución motivada por “relaciones de producción anacrónicas y antihistóricas”⁴⁶. Y esa revolución equivale a la “independencia nacional, que es un hecho político”⁴⁷ sobre el que nuestro autor no cree conveniente extenderse. Basta y sobra con saber que el peronismo ya no gobierna y afirmar que “la cultura no sobrevive o sobrevive como cultura impuesta, sofocante, aniquiladora de cualquier empuje creador”⁴⁸.

Más allá de este economicismo sin matices sobre la cultura (el tango se crea y desarrolla en la edad de oro de la hegemonía británica, es decir a comienzos del siglo veinte y a pocos se les ocurriría llamarlo “cultura impuesta”, en el caso que tal cosa tuviera un significado más o menos preciso), sus comentarios peyorativos sobre la radio y las manifestaciones de cultura industrial de masas (el cine por ejemplo), muestran una perspectiva extremadamente conservadora; perspectiva que delata una comprensión sumamente limitada de la sensibilidad artística de posguerra y que reduce la “lucha por una cultura nacional-popular” a la defensa a rajatabla de las formas artísticas canónicas en su versión más rígida y tradicional.

Este entresacado textual-conceptual alcanza para captar en que el libro organiza la problemática nacional-popular desde la atalaya de la cultura: la falta de burguesía se resuelve con desarrollo burgués; ese desarrollo pondrá fin a las relaciones de producción anacrónicas; los remanentes feudales precapitalistas se eliminan con la revolución agraria, y la revolución agraria equivale al fin del latifundio⁴⁹. Entonces, entre la revolución política iniciada por la Libertadora y el fin del latifundio, la cultura renace como en... Yugoslavia. Como análisis de la cultura nacional, desde la perspectiva que se quiera, el trabajo de Agosti no aporta nada. La vanguardia de la década de 1920 se lee desde la perspectiva del grupo de Boedo, pese a que transcurrieron tres décadas. Ni siquiera retoma el mapa de problemas estéticos impulsado desde la revista *Martín Fierro*. Olvida, es un modo de contarlo, el trabajo que Jorge Luis Borges había publicado, *El idioma de los argentinos*⁵⁰, que ni siquiera alcanza, en el trabajo de Agosti, los honores de la cita. El formalismo ruso, que había impulsado una polémica riquísima en las filas del marxismo⁵¹ en la década del veinte, es ignorado como si no existiera, y los instrumentos que el propio Agosti incorporará –traducción mediante– de la lectura de Gramsci de los *Cuadernos de la cárcel*, no sirven para deshacer las clásicas recetas policiales que el estalinismo elaborara en materia de política cultural.

Por eso, cuando el grupo de intelectuales de la Unión Cívica Radical organizados alrededor de la revista *Contorno* abordan idéntico problema con muchísimas menos anteojeras ideológicas, aunque con similar solución política, abren el debate “serio” sobre la naturaleza del peronismo. Agosti no abre la boca, y la posibilidad de una “nueva izquierda”, separada de la égida ideológica del Partido Comunista tradicional comenzaba a tomar cuerpo tras la victoria de la Revolución Cubana. En suma, la revolución democrática de Agosti se completa reimpulsando la Revolución Libertadora (revolución política), puesto que por esa vía se pone fin al totalitarismo (“por allí pasó alguien, que era coronel y demagogo, repartiendo los botines a la

⁴³ Héctor P. Agosti. *Nación y cultura*. Buenos Aires, Editorial Procyon, 1959, página 60.

⁴⁴ *Ib-ídem*, página 36.

⁴⁵ *Ídem*, página 46.

⁴⁶ *Id.*, página 58.

⁴⁷ *Ib-ídem*, página 218.

⁴⁸ *Ídem*, página 218.

⁴⁹ Repetía Agosti las indicaciones de la carta de Marx a Engels del 30 de noviembre de 1867 sobre la cuestión irlandesa. Es decir, “(1) Gobierno propio e independencia respecto de Inglaterra”..., “(2) Una revolución agraria”, y “(3) Tarifas aduaneras proteccionistas contra Inglaterra”. Claro que la revolución agraria de Marx se reemplazaba por una ley de loteo agrario; loteo que como todo lo demás resultaba de la victoria electoral de Frondizi.

⁵⁰ Buenos Aires, Editorial Gleizer, 1928.

⁵¹ Véase Elsa Drucaroff. *Mijail Bajtín. La guerra de las culturas*. Buenos Aires, Editorial Almagesto, 1996.

marchanta desde la ventanilla de un tren. Pero la caridad humillante no es lo que necesitamos”⁵²). Esta crítica a la política social del peronismo olvida –pequeño detalle– la proscripción electoral de la clase obrera posterior a 1955. Es decir, sus derechos como ciudadanos de la república democrática⁵³: votar libremente sus propios candidatos.

Pero ese olvido se corrige si se le añade al gobierno que hereda la Libertadora “una reforma agraria profunda”; entonces, la panacea del desarrollo capitalista pierde su realidad virtual para conquistar el estatuto de los hechos consumados. El respaldo al programa político de Arturo Frondizi surge, en consecuencia, como corolario de este ensayo cultural; de tal modo, que no se debe pensar que estamos ante “opiniones especializadas” de un crítico inadecuado, sino ante el principal ideólogo local de la derecha comunista internacional, ante un lector de Gramsci en clave de Togliatti y Stalin, ante un defensor liberal del programa gorila de la Libertadora. Por eso conviene recordar a Lenin: “Hay otra teoría ‘marxista’ del social-chovinismo: el socialismo está basado en el rápido desarrollo del capitalismo; el desarrollo del capitalismo en mi país, y consecuentemente el advenimiento del socialismo será acelerado por su victoria”⁵⁴. Y a esa perspectiva teórica –más allá de críticas puntuales sobre la traición frondizista– adhirió sin cortapisas Héctor P. Agosti.

⁵² Ib-ídem, página 9.

⁵³ Por cierto que las denuncias periodísticas de Rodolfo Walsh (que más tarde darían origen a *Operación masacre*), sobre los fusilamientos de José León Suárez, no preocupan a nuestro ensayista. Para qué ocuparse de “asuntos policiales” cuando es posible influir sobre la nueva corriente progresista nacional.

⁵⁴ V. I. Lenin. *Obras Completas. Tomo XXII. La bancarrota de la II Internacional. Op. cit.*, página 318.